



¿LOS OBJETOS NOS GOBIERNAN?: SOBRE EL VALOR DE LOS OBJETOS TÉCNICOS EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA DE LANGDON WINNER

DO OBJECTS GOVERN US? ON THE VALUE OF TECHNICAL OBJECTS
IN LANGDON WINNER'S POLITICAL PHILOSOPHY

Daniel Quiroz¹

Pontificia Universidad Católica de Chile

Recibido: 20.05.2024 - Aceptado: 02.08.2024

RESUMEN

Este artículo evalúa críticamente las consecuencias de una filosofía de la técnica instrumentalista sobre la filosofía política contemporánea, ello desde la concepción del teórico político del siglo XX, Langdon Winner. Para hacerlo, se postula que los objetos técnicos y tecnológicos en sí mismos pueden ser concebidos como agentes activos cuyas capacidades son equivalentes a las humanas. Este texto pretende incitar un mayor debate en torno al valor de la tecnología en el pensamiento político y, a la vez, exponer el carácter antropocéntrico de una filosofía política sustentada en un materialismo instrumentalista.

Palabras clave: Objetos técnicos; Filosofía de la tecnología; Tecnopolítica; Materialismo vital; Antropocentrismo.

ABSTRACT

This article critically evaluates the consequences of an instrumentalist philosophy of technology on contemporary political philosophy, based on the perspective of 20th-century political theorist Langdon Winner. It argues that technical and technological objects themselves can be conceived as active agents with capacities equivalent to human action. This text aims to spark broader debate on the value of technology in political thought while exposing the anthropocentric nature of a political philosophy grounded in instrumentalist materialism.

Keywords: Technical objects; Philosophy of technology; Technopolitics; Vital materialism; Anthropocentrism.

¹ dt.quiroz@uc.cl

Rara vez una nueva invención no viene acompañada por alguien
que la proclama como la salvación de una sociedad libre
Langdon Winner, *¿Tienen política los artefactos?*

Jamás somos nosotros los que afirmamos
o negamos algo de la cosa,
sino que es la cosa misma la que afirma
o niega en nosotros algo de sí misma.
Baruch Spinoza, *Tratado Breve, II*

1. INTRODUCCIÓN: UNA ÉPOCA DE OBJETOS TÉCNICOS POR DOQUIER

El desarrollo de las máquinas energéticas y las máquinas informáticas (llamadas así por Gilles Deleuze en su texto *Post-scriptum sobre las sociedades del control*) ha llegado a tal nivel en nuestra sociedad contemporánea que se repite incesantemente como discurso, desde la ficción, los noticieros y la academia,² que ciertos objetos técnicos, una potencial inteligencia artificial sobrehumana o una detonación nuclear, accidental o deliberada, puede constituir un peligro de dimensiones catastróficas para la humanidad.

Ante este escenario global, Flavia Costa, filósofa y socióloga argentina, nos lanza una provocación con un concepto propio, el de *tecnoceno*, con el cual nos sugiere que lo que está en curso en la actualidad es una transformación epocal, tal como han sugerido otros autores como el geoquímico Paul Crutzen y el filósofo Bruno Latour. Una transformación sobre las condiciones atmosféricas y geológicas de una magnitud tal que el actual período histórico merece ser renombrado como antropoceno.³ Sin embargo, para Costa, hoy el énfasis debe estar puesto sobre la *téchne* y no el *ánthropos*, en las técnicas y no en los humanos. Un

² Según la empresa de análisis de información académica Elsevier, en el mundo se pasó de publicar 10.000 artículos científicos sobre inteligencia artificial en 1998 a 60.000 artículos en 2017 (“Executive summary: Artificial Intelligence: How knowledge is created, transferred, and used: Trends in China, Europe, and the United States”, by the Elsevier Artificial Intelligence Program 12/11/2018; disponible en: <http://bcn.cl/2af75>, Junio, 2019).

³ Hemos superado los umbrales de irreversibilidad en el aumento de temperatura y en la disminución de biodiversidad y la sobreproducción de gases de efecto invernadero (GEI) no ha cesado en aproximadamente dos siglos, según el Informe de 2021 del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático.

énfasis sobre la transformación *tecnológica* actual y sus consecuencias atmosféricas y geológicas, la cual nos está transportando a otra fase en la historia, una nueva época: “la época en la que, mediante la puesta en marcha de tecnologías de alta complejidad y altísimo riesgo, dejamos huellas en el mundo que exponen no solo a las poblaciones de hoy, sino a las generaciones futuras” (Costa 2020, 9).

Sin embargo, a lo largo de la historia de la filosofía política ha existido una gran ausencia de preguntas y conceptos sobre la técnica y la tecnología. A pesar de la cantidad de esfuerzos por elaborar conceptos que nutran el pensamiento sobre la técnica, por parte de filósofos como Martin Heidegger, Oswald Spengler, Jacques Ellul, Gilbert Simondon o Lewis Mumford, estas reflexiones sobre la técnica no han sido suficientemente relacionadas con reflexiones sobre lo político. En cuanto a las ciencias sociales, las preguntas normativas y empíricas sobre cómo cierto conocimiento tecnológico o cierto artefacto técnico contribuye a la producción y distribución de recursos han aparecido con más frecuencia y resonancia en la teoría económica que las preguntas normativas sobre cómo una tecnología puede modificar relaciones de poder y hacer emerger nuevos derechos y responsabilidades relevantes para los gobiernos (Winner 1986). Es decir, para ocupar un lenguaje schmittiano, las cuestiones tecnológicas han sido, en general, subsumidas por conceptos económicos y no por conceptos políticos.

Es en esta última década en donde ha ocurrido una explosión de literatura en la filosofía política que se ha encargado de pensar y repensar las técnicas y la tecnología en conjunto con las relaciones de poder. En particular, ha emergido una nueva corriente de pensamiento, caracterizado en ocasiones como *ontología orientada a objetos*, *nuevo materialismo* o *materialismo vital*, en relación con el materialismo histórico que se hizo tan popular durante el siglo XX. Corrientes cuyos autores, entre los cuales se encuentran Bruno Latour, Graham Harman, Manuel DeLanda, Quentin Meillasoux, Armen Avanessian, Timothy Morton, Karen Barad y Jane Bennett, han elaborado argumentos afines en favor de la importancia ontológica y política de los objetos, tanto técnicos como naturales, los cuales han sido replanteados como agentes no humanos o *actantes*, y contra “una idea extendida entre las mentes modernas: la idea de la materia como algo pasivo, rudo, bruto o inerte” (Bennett 2022, 9).

En este horizonte de producción teórica tan actual, el filósofo político estadounidense Langdon Winner ya escribía en la década de los 70 y los 80 sobre la relación crucial para la sociedad entre los objetos técnicos y las relaciones de poder, pero sin el abundante arsenal literario y las alianzas académicas y editoriales de las que se pueden servir actualmente los representantes del materialismo vital. Winner, quien llega a sostener que “no se trata tanto de *quién* gobierna sino de *qué* gobierna” (Winner 1978, 173, énfasis del autor), reivindica también la

importancia ontológica y política de los artefactos técnicos. Sin embargo, se encuentra con adversarios, objeciones y contraargumentos en otros autores, como Herbert Marcuse, Jacques Ellul o Andrew Feenberg, que también se estaban abocando a repensar el lugar de las técnicas y la tecnología en la sociedad y en la política.

En el presente texto, ante la pregunta ¿cómo los objetos técnicos son relevantes para la política?, nos proponemos profundizar en los argumentos que da Langdon Winner para defender el postulado según el cual los objetos técnicos y tecnológicos en sí mismos pueden ser concebidos ya no como materia pasiva y dependiente de la acción humana, sino que como agentes activos cuyas capacidades son equivalentes a las capacidades humanas. Los supuestos teóricos que provee Winner nos permiten sostener como tesis que cualquier evaluación sobre las consecuencias políticas de un objeto tecnológico debe considerar que el riesgo no está solo en el *uso* determinado de ese objeto, por parte de humanos con ciertos intereses personales o de clase, sino en el *diseño* de ese objeto y *las propiedades materiales de los objetos técnicos mismos*.

Para ello, argumentaremos, en contra de una filosofía instrumentalista de la tecnología y a favor de un sustantivismo que: 1) los objetos técnicos serían políticos en tanto tienen por sí mismos, y no como meros instrumentos, el poder para producir *imperativos tecnológicos* sobre sujetos humanos que se rigen ética y políticamente por un principio de necesidad práctica; 2) existen objetos técnicos cuya materialidad es rígida y tienen una tendencia a producir consecuencias autoritarias, la cual, a pesar de sus diversos y potenciales usos, produciría restricciones autoritarias sobre los agentes políticos, para lo cual utilizaremos como ejemplo el caso de la popularmente llamada inteligencia artificial (IA), o algoritmos de aprendizaje automático.

2. ¿QUÉ TIPO DE MATERIALISMO?: UNA PRECURSORA FILOSOFÍA POLÍTICA DEL NUEVO MATERIALISMO EN LA DÉCADA DE 1980

En la historia de la filosofía política y de la filosofía de la técnica, el materialismo se asoció principalmente a un conjunto unívoco de textos y autores vinculados directa o indirectamente por lo que se llamó materialismo histórico, representado eminentemente por Karl Marx, Friedrich Engels y sus variados comentaristas, intérpretes y sucesores. Para estos autores una concepción materialista de la política y la sociedad consistía en percibir, en todo fenómeno de esos campos, las condiciones de producción de la vida humana que inextricablemente provenían de un conflicto intergeneracional de clases que determinaba nuestro desarrollo histórico. La filosofía materialista concibe la tecnología como instrumento de ese desarrollo histórico que se realiza a partir y a pesar de aquel conflicto entre clases,

concepción que irá a ser denominada como instrumentalismo, un instrumentalismo de la técnica y la tecnología.

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX la filosofía francesa, y en especial el filósofo Gilles Deleuze, se dedicó a reelaborar los conceptos de otro tipo de materialismo con una larga trayectoria histórica en la cultura occidental, que puede ser sintetizada como “la tradición de Demócrito-Epicuro-Spinoza-Diderot-Deleuze” (Bennett 2022, 18), que no gozaba -ni goza actualmente- de tanta atención. Un tipo de materialismo, renombrado por la teórica política Jane Bennett como materialismo vital, que implica la expansión de las entidades que el materialismo histórico considera ontológicamente legítimas y políticamente relevantes, los humanos y su producción, hacia los objetos y su afectación, entidades cuya materia es reconceptualizada como sujeta de una vitalidad singular. De ahí el nombre elegido por Bennett:

por ‘vitalidad’ entiendo la capacidad de las cosas no solo para obstaculizar o bloquear la voluntad y los designios de los humanos, sino también para actuar como cuasi agentes o fuerzas con sus propias trayectorias, inclinaciones o tendencias. (Bennett 2022, 10)

Esto significa la aparición de lo que se llamará una concepción sustantivista de la tecnología, la cual contempla a los objetos técnicos y tecnológicos como entidades en sí mismas, y que también se hace llamar materialista. El asalto de un nuevo materialismo. Ya no un materialismo en singular vinculado al marxismo, sino materialismos en plural, adherentes y críticos respecto al marxismo como un materialismo predominante.

Lo interesante es cómo este histórico debate ontológico se politizó durante el final del siglo XX, se configuró como un debate político, para luego prolongarse a nuestro siglo. El debate ontológico entre materialismo histórico y materialismo vital, o entre una concepción instrumentalista y una concepción sustantivista de la tecnología, ha sido trasladado a un debate político. Para lo que nos interesa acá, un debate en torno al estatus de los objetos técnicos y la tecnología en la política. En su texto de 1986 y reeditado en varias ocasiones, *¿Tienen política los artefactos?*, el teórico político estadounidense Langdon Winner es pionero en contribuir a la emergencia de este nuevo debate. En dicho texto, Winner se esfuerza por contrarrestar una certeza todavía muy arraigada en nuestro conocimiento más habitual y que forma parte de lo que el materialismo vital en la actualidad quiere desacreditar por parte del materialismo histórico: “todos sabemos que las personas tienen propiedades políticas; las cosas no” (Winner 1986, 20).

El autor, tempranamente ya en 1968, vislumbra cómo hay una concepción teórica en la que los objetos tienen un poder propio y fines propios que pueden

afectar a los fines humanos, una cierta autonomía de los objetos que el materialismo vital que describe Jane Bennett en la actualidad, casi 50 años más tarde, también reivindica en casi perfecta sintonía. Más específicamente, el autor postula que los objetos técnicos tendrían la autonomía para afectar la actividad de las autoridades políticas de tal manera que existirían *imperativos tecnológicos*, los cuales provocarían que “fines humanos sean poderosamente transformados al ser adaptados a fines técnicos” (Winner 1986, 21). Es decir, los objetos técnicos serían políticos en tanto tienen por sí mismos el poder para producir imperativos tecnológicos sobre los humanos.

3. CONCEPCIONES ADVERSARIAS: EL MATERIALISMO DE OBJETOS TÉCNICOS COMO INSTRUMENTOS DE ANDREW FEENBERG

Por otra parte, para filosofías instrumentalistas sobre la tecnología cercanas al materialismo histórico, el supuesto de imperativos tecnológicos provenientes de objetos que afectan las relaciones de poder estaría supeditado a *imperativos sociales* provenientes de sujetos humanos en pugna, concepción en la que los objetos no tienen consecuencias políticas. Lo que tendría valor serían esos imperativos sociales relacionados a la producción de recursos y ya no los imperativos tecnológicos relacionados a las propiedades de la tecnología misma.

En las antípodas de Winner, el representante de esta concepción durante el siglo XX es el filósofo Andrew Feenberg, quien define, desde un marxismo más ortodoxo y desde una crítica marcusiana hacia la filosofía sustantivista de la tecnología de Martin Heidegger, que los objetos técnicos son políticos en tanto se rigen por imperativos sociales que emanan del conflicto entre humanos en una sociedad de clases. Es decir, ciertos objetos técnicos pueden ser utilizados para la dominación de una clase por sobre otra, si es una determinada clase social la que gobierna: para la explotación capitalista en los circuitos industriales de producción en los territorios de cada estado, en el caso de un gobierno de la clase burguesa, u objetos técnicos utilizados para la justicia social si existe un gobierno ocupado por la clase proletaria, o las clases subalternas en su conjunto. Feenberg lo expresa explícitamente así:

Tan fundamental es el imperativo o código de la tecnología que une no sólo a una experiencia local particular sino a características consistentes de formaciones sociales básicas como sociedad de clases, capitalismo y socialismo. Ellos son incorporados en los sistemas técnicos que emergen de esa cultura y reafirman sus valores básicos. En este sentido, la tecnología es política sin mistificación o riesgo de confusión. (Feenberg 1999, 162)

El argumento de Feenberg podría sintetizarse en la siguiente frase: los objetos técnicos están subordinados pasivamente a la dinámica de las relaciones de poder humanas, entre sujetos que pertenecen a una clase social. O, para formularlo en los términos del mismo Winner, “lo que importa no es la tecnología en sí misma, sino que el sistema social y económico en el cual ella está inserta” (Winner 1986, 20).

Sin embargo, debemos señalar, esta concepción de los objetos técnicos no es enteramente desechable. El argumento de Feenberg tiene cierta admisibilidad, ya que actúa como correctivo para quienes, con una actitud menos crítica, no le otorgan valor a las circunstancias sociales en las cuales se diseña, se fabrica y se utiliza un determinado objeto técnico.

Considerar las condiciones de producción permite contrarrestar lo que podría llamarse *determinismo tecnológico*, la idea según la cual los dispositivos tecnológicos se desarrollan por una dinámica interna que es impenetrable a cualquier influencia de fuerzas sociales y económicas. Si admitiéramos un argumento como este, no podríamos otorgar valor explicativo e interpretativo, por ejemplo, a las fuerzas corporativas y estatales detrás del desarrollo actual de la inteligencia artificial,⁴ así como, señala el mismo Winner, no podríamos ponderar las fuerzas militares y empresariales que intervinieron, durante la segunda mitad del siglo XX, en el desarrollo de la energía nuclear y las consecuencias militares y medioambientales que tuvieron.

Sin embargo, sostener, por el polo opuesto, que todo lo que importa son esas fuerzas sociales y económicas equivaldría a sostener que los objetos técnicos no importan en absoluto. En palabras de Bennett, “el mundo aparece como si solo consistiera en sujetos humanos activos que se enfrentan a objetos pasivos y a sus mecanismos gobernados por leyes” (Bennett 2022, 19).

En efecto, si todo está determinado por fuerzas sociales y económicas, no existiría diferencia sustantiva entre un conflicto político en torno al aumento de impuestos o uno en torno al aumento de homicidios u otro en torno a la regulación de energías fósiles. Cada conflicto político podría ser interpretado, según esta concepción instrumentalista, como fruto de una variable correlación de fuerzas de clases sociales en conflicto o de grupos elitarios de intereses en competencia. Los objetos, y los objetos técnicos en particular, no establecerían ninguna diferencia en nuestra comprensión de la sociedad.

⁴ Un buen análisis de los incentivos empresariales y estatales detrás del desarrollo de la inteligencia artificial puede encontrarse en el reciente libro de la investigadora Kate Crawford, *Atlas de IA*.

4. WINNER Y UNA POLÍTICA TECNOLÓGICA: ENTRE EL REDUCCIONISMO ECONOMICISTA Y EL DETERMINISMO TECNOLÓGICO

Ante lo expuesto hasta aquí, ¿cuál sería la alternativa a esta concepción instrumentalista de los objetos técnicos donde las fuerzas sociales y económicas ocupan un lugar tan central? Si una concepción sustantivista de la tecnología implica la desaparición de esas fuerzas sociales y económicas en favor de los objetos técnicos mismos, ¿cómo podríamos incorporar a los objetos técnicos sin caer en un determinismo tecnológico? En definitiva, ¿cómo sería posible evitar estas dos trampas teóricas?

Si bien Winner plantea, en una aseveración que podría ser fácilmente tergiversable, que “no se trata tanto de *quién* gobierna sino de *qué* gobierna” (Winner 1978, 173), es el propio autor quien elabora argumentos en contra tanto de un reduccionismo economicista como de un determinismo tecnológico, que considere los objetos técnicos como los últimos factores de la comprensión de la política moderna.

Lo que Winner elabora es una concepción denominada por él como *política tecnológica* que propone tomarse en serio los artefactos tecnológicos sin ignorar los deseos y poderes humanos que interactúan con ellos. Es decir, Winner plantea no ignorar las fuerzas sociales y económicas que interactúan en el desarrollo tecnológico —las que son tan relevantes para el marxismo y para la filosofía de la técnica de Feenberg—, ya que “poner más atención a los objetos técnicos mismos no es decir que podemos ignorar los contextos en los cuales esos objetos están situados” (Winner 1986, 39). Sin embargo, tampoco ignorar a los artefactos técnicos mismos, que son “fenómenos políticos en su propio derecho” (Winner 1986, 22).

Para ponerlo en las propias palabras del autor, la política tecnológica es “un necesario complemento, más que un sustituto, hacia las teorías sobre la determinación social de la tecnología” (Winner 1986, 22), es decir, una propuesta crítica con respecto a la concepción marxista del desarrollo tecnológico, pero no con fines sustitutivos, sino expansivos. Podríamos formularlo de la siguiente manera: si en cualquier análisis de los objetos técnicos implicados en cuestiones políticas debemos examinar las fuerzas socioeconómicas que les subyacen, también debemos ponderar la singularidad de los objetos técnicos mismos y cómo ellos afectan el devenir de los acontecimientos.

El concepto de política tecnológica, según observamos, aparece en reiteradas ocasiones en la obra de Winner y es definida, en ocasiones, como un nuevo “modo de gobernanza” (Winner 1978, 237) y a la vez como una “teoría de la

cultura” (Winner 1978, 237). Parecería que el autor sospecha que esta nueva manera de pensar las relaciones de poder involucrara una nueva manera de pensar la relación entre cultura y naturaleza.

Sin embargo, lo que nos parece útil sobre el término política tecnológica es que existe una concepción de la tecnología y sus consecuencias políticas donde los objetos técnicos tienen una agencia activa que no está necesariamente supe-
ditada a la agencia humana y sus relaciones productivas, lo cual es bastante similar a lo que Bruno Latour nombra como *actante*, “una fuente de acción que puede ser o bien humana o bien no-humana” (Bennett 2022, 11). Más específicamente, que los objetos técnicos afectan, imponen restricciones e imperativos propios sobre las autoridades y los gobernantes en los distintos niveles, los cuales mantienen intereses de clase o intereses personales que son ponderados junto a los requerimientos propios del funcionamiento técnico. Esto es así ya que, aun cuando los objetos técnicos carezcan de *voluntad* o *interés* en ciertas concepciones predominantes en la cultura occidental, su materialidad sí tiene un *poder de afectar*, como señala Bennett a propósito de un vocabulario político spinozista, que no puede seguir siendo ignorado bajo esta nueva concepción que entra al debate.

En otras palabras, élites técnicas, como las llama Winner, “no son completamente libres para usar su conocimiento especializado en una búsqueda ilimitada de sus intereses personales o de clase” (Winner 1978, 262). Además, están restringidas por los artefactos de un sistema tecnológico en perpetua necesidad de continuar su funcionamiento, como, por ejemplo, una red de suministro eléctrico, un parque automotriz de una ciudad, un mercado internacional de combustible fósil o una red de plataformas digitales.

Es así como esta concepción, sobre una política tecnológica, logra instalar el argumento según el cual no existe *determinación absoluta* de los objetos técnicos sobre los acontecimientos políticos. No hay un determinismo tecnológico, pero sí una *determinación relativa* en su propio mérito que contempla el poder singular de las cosas.

5. ¿OBJETOS TÉCNICOS DEMOCRÁTICOS O AUTORITARIOS? SOBRE EL CASO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Esta concepción teórica de Winner que hemos expuesto, en gran convergencia con la concepción de Bennett y su materialismo vital y en contraposición al materialismo instrumentalista de Andrew Feenberg, no solo nos propone problemas ontológicos sobre la política, es decir, sobre el estatuto ontológico de los objetos tecnológicos en relación con las fuerzas sociales. Esta concepción teórica también nos presenta problemas éticos y políticos en torno a cómo los objetos técnicos pueden participar de relaciones de poder más simétricas o asimétricas.

En su apuesta por reivindicar las propiedades políticas de los objetos técnicos, Winner también postula la existencia de *tecnologías inherentemente políticas*, “sistemas creados por humanos que parecen requerir o ser fuertemente compatibles con ciertos tipos de relaciones políticas” (Winner 1986, 22). Sin embargo, ¿qué tipo de relaciones políticas podrían ser requeridas por ciertos objetos técnicos? Winner apela al historiador y filósofo Lewis Mumford para dialogar con una controvertida tesis: la existencia, a lo largo de la historia humana, de *tecnologías democráticas y tecnologías autoritarias*. “Desde el Neolítico en el Cercano Oriente hasta nuestros días, han existido persistentemente dos tecnologías paralelas: una autoritaria y otra democrática, la primera más sistémica, inmensamente poderosa pero inherentemente inestable, la otra más humana, relativamente débil pero eficiente y duradera” (Mumford 1964, 2). Las relaciones políticas de las que habla Winner podrían consistir en relaciones autoritarias o democráticas.

Una vez que comprendemos cómo la política tecnológica, que nos propone Langdon Winner, nos da una concepción legítima y útil para ponderar a los objetos técnicos como fenómenos políticos en sí mismos, ¿podríamos sostener que las *consecuencias* políticas de ciertos objetos técnicos serían más autoritarias o más democráticas que las de otros objetos técnicos?

Para intentar resolver este problema ético y político, nos parece relevante discutir sobre el tratamiento que ha tenido en la teoría política contemporánea un objeto técnico específico, la popularmente llamada inteligencia artificial (abreviada como IA) o algoritmos de aprendizaje automático. Emerge la pregunta: ¿es la IA una tecnología inherentemente política y con qué tipo de relaciones políticas ella es compatible?

En la literatura disponible sobre la teoría política y la IA, llama la atención el reciente libro del filósofo alemán Mathias Risse *Teoría política de la era digital: dónde nos podría llevar la Inteligencia Artificial*. Por una parte, el autor reconoce que la IA y la democracia no son aliados naturales y que esta nueva tecnología podría, potencialmente, debilitar las condiciones que hacen que, en el mundo, la democracia sea más viable que las autocracias. En efecto, “progresos tecnológicos pueden fácilmente reducir las ventajas en información de los gobernados sobre sus gobernantes” (Risse 2023, 55). Por otro lado, el autor postula que también existen problemas de legitimidad propios de la democracia moderna, postulados por Hamilton, Madison y Jay en su texto *El Federalista*, que solo podrían ser resueltos por las nuevas tecnologías algorítmicas de la IA. En concreto, 1) el problema del Estado distante, provocado por la creciente población; 2) el problema del Poder Ejecutivo despótico, provocado por burocracias autónomas y líderes personalistas que hacen sentir a los ciudadanos que no tienen el control del gobierno.

La argumentación del autor consiste en que el uso de la capacidad extractiva, conectiva y predictiva de la IA puede resolver los problemas de legitimidad democrática expuestos en *El Federalista*. En específico, Risse sostiene que la IA, 1) al conocer las preferencias de todos los usuarios por su historial, puede proveer información pertinente para formar participantes competentes en asuntos de gobierno; 2) conecta a ciudadanos para debates públicos, donde no solo podrían deliberar personas con mutuas afinidades en creencias y valores, sino que también podría utilizarse para conectar ciudadanos que disienten sobre varios asuntos; 3) puede monitorear la deliberación y las elecciones virtuales al detectar rápidamente el fraude electoral o eliminar reportes sesgados, argumentos falaces y remover de los foros digitales a las personas que actúen incorrectamente.

En un panorámico análisis de los argumentos esbozados sobre los objetos técnicos y la política, y en específico sobre la relación entre IA y democracia, Risse no esconde los argumentos críticos con respecto a la IA y que se tratarán aquí más adelante. Sin embargo, el autor se compromete con la postura según la cual el uso de la IA constituye una potencial democratización de la sociedad contemporánea. En sus propias palabras, “la IA mejora la legitimidad procedimental a través de mayor participación, mientras que el volumen de la toma de decisiones aumenta porque los votantes están bien informados” (Risse 2023, 60). El autor llega incluso a sostener que, bajo ciertas restricciones de uso adecuadas, podríamos hablar de una *gran utopía democrática de la IA* (o en su lengua original, *The Grand Democratic AI Utopia*).

Como vimos, los objetos técnicos presentan sus propios imperativos sobre los sujetos humanos. Casi como la biología ha presentado históricamente a organismos vivos que se adaptan a sus ambientes, “ciertas tecnologías requieren que sus ambientes sociales sean estructurados en una manera particular en el mismo sentido que un automóvil requiere ruedas para moverse” (Winner 1986, 36). Sostener que algunas tecnologías son inflexiblemente autoritarias o democráticas es admitir que el funcionamiento efectivo de ellas implica la consideración ética de lo que llama Winner *principio de necesidad práctica*, principio que opaca cualquier otro tipo de consideración ética: “decir que algunas tecnologías son inherentemente políticas es decir que ciertas razones de necesidad práctica ampliamente aceptadas han tendido a eclipsar otra clase de razonamientos morales y políticos” (Winner 1986, 36).

Por lo tanto, siguiendo el método de Winner, cabe preguntarnos en qué consiste el principio de necesidad práctica, que un determinado artefacto tecnológico acarrea, para calificarlo como autoritario o democrático. En este caso, cuáles son las necesidades prácticas que los sujetos en posiciones de poder están forzados a ponderar al involucrarse en el funcionamiento efectivo de la IA.

Si, como sostiene Risse, la IA tiene un uso que aumenta considerablemente la participación ciudadana junto con la legitimidad procedimental y deliberativa del régimen político en cuestión, así como el uso de centrales eléctricas que abastece una red de suministro eléctrico de la que depende toda una población nacional aumenta la satisfacción de servicios básicos de esa población, podríamos sostener que la IA, así como esas centrales eléctricas, es beneficiosa para la sociedad.

Sin embargo, cuando Risse trata el problema de la IA como un *problema de uso y de instrumentalización* ignora el *problema de diseño y planificación* que hay detrás del funcionamiento efectivo de este conjunto de artefactos técnicos. Tal como señala Winner, debemos preguntarnos “si es que un dispositivo dado pudo haber sido diseñado y construido de una manera tal que produce un conjunto de consecuencias lógica y temporalmente *anteriores a cualquiera de sus usos declarados*” (Winner 1986, 25, énfasis del autor).

Todos podríamos estar de acuerdo en que las consecuencias del *uso* de centrales eléctricas son beneficiosas para la población, dado que permite el mayor cumplimiento de su derecho a servicios básicos. Sin embargo, sería discutible si ese beneficio es producido por centrales de generación y transmisión que fueron *diseñadas* para ser potenciadas por energías fósiles que han provocado daño medioambiental en algún rincón del planeta y que genera un imperativo tecnológico problemático hacia las autoridades políticas: que no existan prohibiciones, regulaciones o sanciones hacia las empresas termoeléctricas y sí facilidades para su eficiente funcionamiento. Así, en efecto, ocurrió en la realidad política durante décadas a nivel global, hubo una desregulación del mercado de las energías fósiles junto a la electrificación masiva de las ciudades del planeta.⁵ De nuevo, es el razonamiento en torno al principio de necesidad práctica de los objetos técnicos el que domina las consideraciones éticas de la realidad política. Según ese razonamiento, todos podríamos estar de acuerdo sobre el beneficio que podría acarrear la facilitación digital de los canales de participación ciudadana que proveería la IA.

Sin embargo, el diseño de la IA, por una necesidad práctica y una exigencia material, implica la extracción masiva de datos de millones de usuarios a través de plataformas administradas por empresas transnacionales.⁶ Estos usuarios, además, no son hechos partícipes sobre los usos de sus propios datos, usos que van desde la debatida manipulación del comportamiento electoral en Occidente hasta la expansión de la calificación crediticia de la población en China. Así lo señalan el filósofo italiano de la técnica Matteo Pasquinelli y el artista visual Vladan Joler

⁵ Sobre el desarrollo histórico de las energías fósiles y su introducción en el mercado internacional, es recomendable revisar el libro de 2020 de Andreas Malm, *Capital fósil*.

⁶ Para un buen análisis del comportamiento de las empresas que administran las plataformas digitales en la actualidad, revisar el libro *Capitalismo de plataformas* del filósofo y politólogo Nick Srnicek.

en su texto de 2021 donde intentan definir la IA desde la filosofía de la técnica, *El Nooscopio de manifiesto*.

Sin datos masivos, los algoritmos de aprendizaje automático no tienen información suficiente que calcular y procesar. Ante esta constatación, si siguiéramos la argumentación de Risse, deberíamos admitir que cualquier aumento en la legitimidad deliberativa de los sistemas políticos por efecto de la IA en canales digitales de participación implica a la vez, por necesidad práctica, la extracción masiva de los datos privados de millones de usuarios en el mundo. La apropiación de datos, en muchas ocasiones, no es consentida por los ciudadanos y el acceso a esos datos es restringido, una vez que pasan a formar parte de la propiedad privada de las empresas. La pregunta crucial aquí es: ¿podemos afirmar que la IA tiene consecuencias democráticas por el *uso* que se le da o por el *diseño* que se hizo de ella como conjunto de artefactos técnicos conectados? La respuesta, si seguimos nuevamente a Winner, es que cualquier democratización no se trata solo sobre el posible uso instrumental que se les da a los artefactos técnicos, sino que al diseño estructural que se hace de ellos, algo que Risse no considera en su postura utopista sobre la IA y que proviene de un supuesto teórico, el supuesto según el cual los artefactos técnicos son meros instrumentos que dependen de la buena o mala voluntad humana. Como hemos visto, “este entendimiento de la tecnología como instrumentalidad necesita ser trascendido [...] por un modelo alerta a la política ilegítima y oculta del diseño de artefactos (Bennett, 1987, p. 662).

Podríamos concluir, en definitiva, que la IA tiene *usos* que pueden tener consecuencias democráticas, pero no un *diseño* que pueda tener consecuencias democráticas. Más bien, el diseño de la IA como técnica que depende de la extracción masiva de datos tiene consecuencias autoritarias. Al imponer, como imperativo tecnológico hacia las autoridades, la necesidad práctica de que la circulación de datos en las plataformas de las empresas esté en permanente movimiento, con el objetivo de que los algoritmos tengan material suficiente para producir sus cálculos y predicciones, la regulación de las plataformas se hace poco viable. Como reivindica Winner, son circuitos electrónicos y cables de fibra óptica operando en conjunto a organizaciones humanas las que afectan el curso de los acontecimientos políticos.

6. CONCLUSIÓN: POR UNA RECONCEPTUALIZACIÓN DE LOS OBJETOS TÉCNICOS Y DE LA VIDA POLÍTICA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

La concepción de Winner sobre una política tecnológica tiene una utilidad importante para comprender, de una manera novedosa, las consecuencias de la tecnología en la realidad política. Una concepción que se reivindica como sustantivista y materialista sin caer en el determinismo tecnológico o en el reduccionismo economicista y que tiene una afinidad relevante con concepciones tan contemporáneas como la de la teórica política Jane Bennett⁷.

En síntesis, la obra del teórico político estadounidense nos ayuda a ponderar la importancia de los objetos técnicos en las decisiones políticas al tratarlos como agentes no humanos, con efectos propios sobre el mundo social, y no como meros instrumentos, objetos sin agencia que pueden ser manipulados y utilizados según la discreción de sujetos humanos. Ante el debate del siglo pasado entre el marxismo y otras corrientes de pensamiento, Winner nos invita a pensar que, si en cualquier análisis de los objetos técnicos implicados en cuestiones políticas no podemos ignorar las fuerzas socioeconómicas que les subyacen, tampoco debemos ignorar la singularidad de los objetos técnicos mismos y cómo ellos afectan el devenir de los acontecimientos. Es una concepción de la política donde la tecnología y los objetos técnicos tienen una agencia activa que no está necesariamente supeditada a la agencia humana y sus relaciones productivas.

A lo largo de este texto, hemos podido presentar los argumentos para postular que el riesgo de los objetos técnicos no está *solo* en el uso determinado de una tecnología por parte de humanos con ciertos intereses personales o de clase, sino también en las propiedades materiales de la tecnología misma. Hemos observado cómo las propiedades materiales de los objetos técnicos involucrados son tanto o más relevantes que los intereses de los agentes humanos gobernantes. O, dicho de otra manera, cómo el uso humano de esos artefactos técnicos está subordinado al diseño material de esos artefactos y sus consecuencias políticas. Es decir, los objetos técnicos afectan, imponen restricciones e imperativos propios sobre las autoridades y la población en los distintos niveles, los cuales mantienen intereses de clase o intereses personales que son ponderados junto a los requerimientos propios del funcionamiento tecnológico.

Más específicamente se utilizó el ejemplo de la IA como un conjunto de objetos técnicos conectados globalmente, para mostrar cómo la tecnología presenta usos potencialmente democráticos que pueden ser opacados por el diseño material de los objetos técnicos mismos, que es anterior a cualquier uso que la

⁷ Por esto no es casualidad, quizás, que Bennett se haya interesado por los textos de Winner y haya escrito una reseña en 1987 para su libro *La ballena y el reactor: una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*.

voluntad humana les quiera dar, y que tiene consecuencias autoritarias para el conjunto de la población en sus respectivos sistemas políticos.

Dicho eso, este artículo no pretende más que ser una contribución para alimentar “un debate más intenso entre las distintas filosofías de la materialidad, o entre las distintas explicaciones de cómo la materialidad importa para la política” (Bennett 2022, 22). La convicción subyacente acá es que, en definitiva, una filosofía materialista que no considere la materia no humana que también participa de nuestras acciones no podría ser más materialista de lo que es antropocéntrica.

Para ir más lejos, existiría un antropocentrismo que subyace en cierta concepción instrumentalista de la tecnología en nuestras teorías políticas, una “teoría política elaborada al estilo antropocéntrico” (Bennett 2022, 11), en la cual también podríamos incluir a la teoría crítica proveniente del materialismo histórico, que nos impide pensar en la responsabilidad humana que existe en la creación de ciertos objetos técnicos. Existiría un antropocentrismo que obstaculiza el desarrollo de un pensamiento que pondere no solo *los efectos* de las acciones humanas en entidades que no pertenecen a nuestra especie, sino que también pondere de qué manera esas entidades no humanas actúan como *causa* de nuestras acciones más reprochables ética y políticamente.

Es decir, no son solo aquellos efectos en sujetos no humanos los que nos deberían incomodar, como la contaminación atmosférica, terrestre y marítima de nuestro modo de producción y consumo o la extinción masiva de otras especies animales, sino que es relevante cómo los sujetos no humanos mismos nos incomodan con las capacidades que les diseñamos, como máquinas de vigilancia, algoritmos de plataformas y armas, los cuales afectan las relaciones humanas y activan conflictos políticos como guerras, discursos de odio y persecuciones políticas. Como acertadamente señala Bennett, “también hay un valor público en seguir la pista de un poder no-humano, cósmico, de la agencia material de los cuerpos naturales y los artefactos tecnológicos” (Bennett 2022, 18).

En la actualidad, el término política tecnológica aparece entre una oleada de vocablos similares utilizados por distintos teóricos, como el de biología política o biopolítica, el de necropolítica en Achille Mbembe o el de psicopolítica en Byung Chul Han. Estos conceptos están destinados a politizar una determinada esfera de la actividad humana. El concepto de política tecnológica de Langdon Winner, que también podríamos llamar *tecnopolítica*, nos recuerda, junto a la ecología política, que la actividad no humana también afecta nuestras relaciones de poder y debe ser considerada en nuestras teorías. Así como la biopolítica como concepción de la política, introducida a nosotros por Michel Foucault, propone un mundo donde son las circunstancias biológicas las que comienzan a determinar en cierta época nuevas estrategias e instituciones en la esfera política, nuevos

tipos de violencias y obediencias, desde la concepción de Winner podríamos decir que son las circunstancias tecnológicas las que han suplantado las maneras anteriores de nuestras relaciones de poder, nuestras violencias y nuestras obediencias. En una época donde el desarrollo tecnológico se ha expandido y se ha hecho masivamente accesible hasta impactar nuestras vidas más íntimas, nuestra vida política también se ha visto afectada de una manera crucial. Nuestra política se ha tecnologizado y no sabemos, todavía, qué es lo que pueden hacer los objetos técnicos sobre nuestros cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bennett, Jane. 2022. *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Bennett, Jane. 1987. Reseña de *The Whale and the Reactor: A Search for Limits in an Age of High Technology*, por Langdon Winner. *Political Theory*, 15(4): 662–664. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/191698>
- Costa, Flavia. 2020. *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Madrid: Taurus.
- Crawford, Kate. 2023. *Atlas de IA. Poder, política y costes planetarios de la Inteligencia Artificial*. Navarra: NED Ediciones.
- Deleuze, Gilles. 1996. “Post-scriptum sobre las sociedades de control.” En *Conversaciones*, 277-286. Valencia: Pre-textos.
- Ellul, Jacques. 1992. “Technology and Democracy”. En *Democracy in a Technological Society*, editado por Langdon Winner, 35-50. Países Bajos: Springer.
- Feenberg, Andrew. 1999. *Questioning Technology*. New York and London: Routledge.
- Fischetti, Natalia. 2014. Filosofía de la tecnología y democracia por Andrew Feenberg como emergente de la teoría crítica de Herbert Marcuse para el siglo XXI. *Revista iberoamericana de ciencia, tecnología y sociedad*, 9(26), 79-88.
- Malm, Andreas. 2020. *Capital fósil*. Madrid: Capitán Swing.
- Mumford, Lewis. 1964. “Authoritarian and Democratic Technics.” *Technology and Culture* 5: 1-8.
- Latour, Bruno. 2017. *Cara a cara con el planeta; Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pasquinelli, Matteo – Joler, Vladan. 2021. “El Nooscopio de manifiesto”. *laFuga* 25: 1-20. Disponible en: <http://lafuga.cl/el-nooscopio-de-manifiesto/1053>.
- Risse, Mathias. 2023. *Political Theory of the Digital Age: Where Artificial Intelligence Might Take Us*. New York: Cambridge University Press.
- Spinoza, Baruch. 1980. *Tratado breve*. Madrid: Alianza Editorial.
- Srnicek, Nick. 2018. *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Winner, Langdon. 1978. *Autonomous technology: Technics-out-of-Control as a Theme in Political Thought*. Cambridge, Massachussets: MIT Press.
- Winner, Langdon. 1986. *The Whale and the Reactor: A Search for Limits in an Age of High Technology*. Chicago: University of Chicago Press.